



Billy Budd, marinero
Herman Melville



1797. La amenaza revolucionaria y las ambiciones de Napoleón tienen consternada a Europa. El buque mercante *Derechos del Hombre* nombre simbólico donde los haya es abordado por el navío de guerra *Bellipotent* de la Armada Británica, con la intención de reclutar hombres a la fuerza. El único elegido es un muchacho huérfano, el gaviero Billy Budd, un «hombre de paz» del que el capitán del mercante se resiste a prescindir, pues con su «bondad y hermosura» calma y anima a la tripulación. En el *Bellipotent*, de hecho, no tarda en ganarse las simpatías de marineros y oficiales, pero también atrae la atención del hosco sargento Claggart, que no deja desde el principio de atosigarlo. Billy, en su inocencia, y a pesar de las advertencias de sus compañeros, no puede creer que Claggart le guarde animosidad hasta que una acusación falsa precipita la violencia y el caos.

El manuscrito de *Billy Budd, marinero*, compuesto alrededor de 1885, no fue descubierto hasta 1919 y publicado hasta 1924. Contribuyó a la revalorización de Herman Melville, hasta entonces bastante olvidado. De esta *nouvelle* magistral que gira en torno al mal, la ley y la justicia se han hecho adaptaciones teatrales, una ópera de Benjamin Britten con libreto de E. M. Forster y Eric Crozier y una memorable película dirigida por Peter Ustinov.

DEDICADO A
JACK CHASE^[1]
INGLÉS

Dondequiera que se encuentre ahora ese gran corazón, aquí en la tierra o fondeado en el paraíso.
Gaviero en el año 1843 en la fragata estadounidense United States

Nota al texto

Parece ser que el texto de *Billy Budd, marinero*, que seguía inédito en el momento de la muerte del autor en 1891, nunca se completó del todo, o al menos no fue revisado a fondo. En principio, iba a ser solo la breve introducción en prosa de un poema («Billy en el cepo», que figura al final del libro) para su poemario *John Marr and Other Sailors* (1888). Melville reconsideró esa introducción y la extendió hasta convertirla en la *nouvelle* que conocemos hoy. El manuscrito fue descubierto en 1919 por Raymond M. Weaver, el primer biógrafo del escritor, que lo publicó en 1924. En 1962 los eruditos Harrison Hayford y Merton M. Sealts publicaron en la University of Chicago Press la que hoy se considera la edición definitiva del texto, sobre la que se basa la presente traducción.

I

En la época anterior a los barcos de vapor, o tal vez con más frecuencia entonces que ahora, quienes paseaban por los muelles de cualquier gran puerto de mar reparaban de cuando en cuando en un grupo de marineros bronceados, tripulantes de buques de guerra o de algún mercante, que vestidos de domingo disfrutaban de un permiso en tierra. En algunos casos flanqueaban, o rodeaban igual que guardaespaldas, a una figura superior que se movía con ellos como Aldebarán entre las estrellas menores de su constelación. Dicho objeto señalado era el «marinero bonito» de las épocas menos prosaicas de las flotas tanto militares como mercantes. Sin la menor vanagloria, con la resolución desenvuelta que otorga la realeza desde la cuna, parecía aceptar el homenaje espontáneo de sus camaradas.

Recuerdo un ejemplo muy notable. En Liverpool, hace ahora medio siglo, vi, a la sombra de la tapia mugrienta del Prince's Dock (un estorbo eliminado hace mucho tiempo), a un marinero tan negro que por fuerza tenía que ser nativo de África y de la sangre de Cam^[2], un tipo bien proporcionado y mucho más alto que la media. Los dos extremos de un alegre pañuelo de seda que llevaba suelto al cuello bailaban sobre el ébano de su pecho, dos grandes aros de oro pendían de sus orejas y un gorro de las Tierras Altas con una cinta de cuadros escoceses cubría su bien formada cabeza. Era un caluroso mediodía del mes de julio, y su rostro, lustroso por el sudor, brillaba con bárbaro buen humor. Daba alegres brincos a izquierda y derecha y sus dientes blancos centelleaban mientras corría y se divertía rodeado

de sus compañeros de tripulación. Constituían una muestra tan variada de tribus y tonos de piel que Anacharsis Cloots^[3] podría haberles hecho desfilar ante la Primera Asamblea Francesa como representantes de la raza humana. Ante cada tributo espontáneo ofrecido por los viandantes a esa negra pagoda de hombre —el tributo de detenerse a mirarle y, menos a menudo, soltar una exclamación— aquel séquito variopinto se enorgullecía como los sacerdotes asirios cuando los fieles se postraban ante la majestuosa estatua de un toro.

Pero volvamos a lo nuestro. Aunque en algunos casos su físico tuviera un no sé qué de Murat náutico cuando se hallaba en tierra firme, el marinero bonito de la época no se parecía en nada a ese demonio de petimetre, gracioso personaje, hoy casi desaparecido, que todavía se encuentra uno de vez en cuando, y en versión aún más simpática que el original, al timón de los barcos del tempestuoso canal de Erie o, más probablemente, soltando bravatas en las tabernas a la orilla del camino de sirga. Siempre habilidoso en su arriesgada vocación, era también un boxeador o luchador pasable. La imagen misma de la fuerza y de la belleza. Circulaban historias sobre sus proezas. En tierra era el campeón; en el mar, el portavoz; siempre el primero cuando la ocasión lo merecía. Si había que tomar rizados en la gavia en plena tormenta, se plantaba en el penol, con un pie en el marchapié a modo de estribo, y tiraba con ambas manos de la empuñadura como de una brida, igual que el joven Alejandro cuando refrenaba al feroz Bucéfalo. Una figura soberbia, lanzada por los cuernos de Tauro al cielo tormentoso, que gritaba alegremente a los afanosos marineros en las vergas.

Rara vez su naturaleza moral no estaba a la altura de su físico. De lo contrario, la belleza y la fuerza, siempre atractivas en la conjunción masculina, difícilmente habrían podido inspirar el sincero homenaje que en algunos casos recibía el

marinero bonito de sus compañeros de tripulación menos dotados.

Semejante centro de todas las miradas, al menos por su aspecto, y en parte también por su naturaleza, aunque con variaciones de importancia que se pondrán de manifiesto a medida que avance el relato, era Billy Budd, el de los ojos cerúleos, o Baby Budd, como llegaron a llamarle más familiarmente en las circunstancias que luego detallaremos. Tenía veintiún años y era gaviero de la Armada británica hacia el final de la última década del siglo XVIII. En la época en que transcurre esta narración no hacía mucho que había entrado al servicio del rey, lo habían reclutado a la fuerza en el estrecho de Dover cuando volvía a casa a bordo de un mercante inglés y se cruzaron con el *H. M. S. Bellipotent* de setenta y cuatro cañones; dicho navío, como ocurría a menudo en esos apresurados tiempos, había tenido que hacerse a la mar sin la tripulación completa. El teniente Ratcliffe vio a Billy en el portalón, nada más abordar el barco, antes de que la tripulación del mercante tuviese tiempo de formar en el alcázar para pasar revista. Y solo le eligió a él. Ya fuese porque los demás parecían poca cosa al lado de Billy o porque sintió remordimientos al ver que la tripulación del mercante también estaba escasa de hombres, el oficial se contentó con su primera elección espontánea. Para sorpresa de la tripulación, y gran alegría por parte del teniente, Billy no puso objeciones. Aunque, cualquier objeción habría sido tan ociosa como la queja de un jilguero apresado en una jaula.

Al reparar en su anuencia, podría decirse que casi alegre, el capitán miró asombrado al marinero con mudo reproche. El capitán era uno de esos mortales dignos que se dan en todos los oficios, incluso en los más humildes, uno a quien todo el mundo coincide en llamar «un hombre respetable». Y —por extraño que pueda parecer—, aunque llevase toda una vida surcando aguas turbulentas y viéndoselas con los elementos, no había nada que su noble alma apre-

ciara más que la paz y el silencio. Por lo demás, rondaba los cincuenta, tenía cierta tendencia a la corpulencia y su atractivo rostro, sin patillas y de tez agradable, era humano y de gesto inteligente. En un día claro, con buen viento y cuando todo iba bien, cierto tono musical en su voz parecía ser la verdadera expresión de su temperamento. Era prudente y meticulado, y a veces dichas virtudes le causaban una preocupación excesiva. En las travesías, el capitán Graveling jamás pegaba ojo mientras estuviesen cerca de tierra. Se tomaba esas graves responsabilidades mucho más a pecho que otros capitanes.

Pues bien, mientras Billy Budd estaba en el castillo de proa recogiendo sus cosas, el teniente del *Bellipotent*, rudo y campechano, sin inmutarse lo más mínimo porque el capitán Graveling hubiera descuidado las cortesías habituales en una ocasión tan desagradable, descuido causado solo por sus preocupaciones, entró sin más ceremonias en el camarote y sacó una petaca del armario de los licores, receptáculo que su experta mirada detectó al instante. De hecho, era uno de esos lobos de mar en quienes los peligros e incomodidades de la vida a bordo en las largas guerras de la época no mermaban el instinto natural por los placeres sensuales. Cumplía siempre fielmente con su deber; pero el deber es a veces una obligación muy árida, y él procuraba irrigar, siempre que podía, esa aridez, y fertilizarla con un destilado a base de aguardiente. Al dueño del camarote no le quedó más remedio que interpretar el papel del anfitrión forzoso con la mayor presteza y elegancia posibles. Como complementos necesarios a la petaca, colocó sin decir nada ante su irrefrenable invitado un vaso y una jarra de agua. No obstante, se excusó de compartir con él la bebida y observó sombrío cómo el desinhibido oficial diluía con cuidado el grog, lo despachaba con tres tragos y apartaba el vaso vacío, aunque no tanto como para dejarlo lejos de su alcance; luego se arrellanó en el asiento, se relamió satisfecho y miró de frente a su anfitrión.

Concluidos estos prolegómenos, el capitán rompió el silencio y dijo con un tono de triste reproche en la voz:

—Teniente, vais a llevaros a mi mejor hombre, la joya de todos ellos.

—Sí, lo sé —replicó el teniente y volvió a acercarse el vaso para llenarlo de nuevo—. Lo sé y lo lamento.

—Disculpad, teniente, pero vos no lo entendéis. Veréis, antes de que ese joven se embarcase, el camarote de la tripulación era un nido de disputas. Creedme si os digo que pasamos malos tiempos a bordo del Derechos. Tanto llegué a preocuparme que hasta dejé de encontrar consuelo en mi pipa. Luego apareció Billy y fue como si un cura católico pusiera paz en una trifulca entre irlandeses. No es que les sermonease o hiciera nada en particular; sino que emanaba de él una virtud que dulcificaba hasta a los más amargados^[4]. Los atraía como moscas a la miel; a todos menos al más bravucón, un hombretón greñudo de patillas pelirrojas. Tal vez por envidia del recién llegado, y convencido de que un «joven tan dulce y agradable», como lo llamaba burlón en presencia de los otros, no sería más que un gallito de pelea, se dedicó a provocarle y buscarle las cosquillas. Billy lo toleró y razonó con él como mejor pudo, pues en eso es como yo, teniente: todas las peleas me resultan odiosas; pero de nada le sirvió. Un día, en la guardia de cuartillo, el de las patillas rojas, delante de los demás, y con la excusa de mostrarle a Billy de dónde se cortan los filetes de lomo (pues el hombre había sido carnicero), le dio un humillante golpe en las costillas. Rápido como el rayo, Billy soltó el brazo. Creo que no pretendía golpearle tan fuerte, pero le asestó a aquel botarate un puñetazo terrible. No creo que durase ni medio minuto. Y, Dios os bendiga, el muy estúpido se quedó atónito de su rapidez. Y, por difícil que os resulte creerlo, teniente, ahora le tiene afecto a Billy, o es el mayor hipócrita que he visto. Pero todos le quieren. Unos le lavan la ropa y otros le remiendan los pantalones; el carpintero le está haciendo un mueblecito con cajones

en sus ratos libres. Todos quieren hacer algo por Billy Budd, y somos una familia feliz. Pero ahora, teniente, si os lleváis con vos a ese joven, sé lo que ocurrirá a bordo del Derechos. Tardaré mucho en levantarme de la cena y apoyarme en el cabestrante a fumar una pipa en paz... sí, mucho, vais a llevaros a la joya de todos ellos, a quien procura la paz aquí.

Solo a duras penas pudo el hombre contener un sollozo.

—¡Bueno! —dijo el teniente, que había escuchado con divertido interés y estaba achispado por el alcohol—, bueno, bienaventurados los que procuran la paz^[5], sobre todo si saben pelear. Como las setenta y cuatro bellezas, algunas de las cuales veréis asomar la nariz por las portañolas del buque de guerra que me espera con el velamen en facha —añadió señalando hacia el *Bellipotent* por la ventana del camarote—. Pero ¡valor! No os desaniméis. Os adelanto que contáis con la aprobación real. Podéis confiar en que su majestad estará encantado de saber que, en una época en que sus galletas de barco no son tan apreciadas por los marineros como deberían, una época en la que algunos capitanes se quejan en privado de tener que prestarle uno o dos marineros para su servicio, su majestad, os digo, estará encantado de saber que al menos un capitán cede de buen grado al rey al mejor de su rebaño, un marinero que, haciendo gala de idéntica lealtad, no ha puesto objeción alguna. Pero ¿dónde está esa maravilla? ¡Ah! —miró por la puerta abierta del camarote—, ahí llega, y, por Júpiter, trae su cofre consigo, ¡Apolo con su baúl! Muchacho —dijo saliéndole al paso—, no puedes llevar esa caja tan grande a bordo de un buque de guerra. Las únicas cajas que hay en él son las de munición. Pon tus cosas en un saco, hijo. El soldado de caballería tiene las botas y la silla de montar; el marino de guerra, su coy y su petate.

Metieron las cosas del cofre en el saco. Y, después de que su hombre bajase al bote, el teniente le siguió y mandó largar el cabo y alejarse del Derechos del Hombre. Así

se llamaba el mercante, aunque el capitán y la tripulación habían abreviado el nombre según la costumbre marinera y lo llamaban el Derechos. Su terco propietario, natural de Dundee, era un admirador incondicional de Thomas Paine, cuyo libro en respuesta a los ataques de Burke contra la Revolución francesa se había publicado hacía un tiempo y había llegado a todas partes. Al bautizar su barco con el título del libro de Paine, el de Dundee se parecía a su contemporáneo, el armador Stephen Girard de Filadelfia^[6], cuyas simpatías se inclinaban tanto del lado de su país natal como de los filósofos liberales y lo demostraba bautizando sus barcos con el nombre de Voltaire, Diderot y demás.

Pero ahora, cuando el bote pasó por debajo de la popa del mercante, y el oficial y los remeros repararon —unos con amargura y otros con una sonrisa— en el nombre escrito en ella, el nuevo recluta se puso en pie en la proa donde le había indicado que se sentara el patrón, saludó con el gorro a sus silenciosos compañeros de tripulación que lo miraban apesadumbrados desde el coronamiento y se despidió alegremente de los muchachos. Luego, hizo como si saludara también al propio barco y exclamó:

—Y adiós a ti también, viejo Derechos del Hombre.

—¡Sentaos! —gritó el teniente, que asumió al instante el rigor de su rango y a duras penas pudo reprimir una sonrisa.

Sin duda, el comportamiento de Billy suponía una terrible violación del decoro naval. Pero nadie le había enseñado dicho decoro; y el teniente no habría sido tan enérgico de no haber sido por su forma de despedirse del barco. Lo tomó por un ataque disimulado del nuevo recluta, un sote-rrado impropio contra el reclutamiento forzoso en general y el suyo en particular. Pese a todo, lo más probable es que, por satírico que pareciese, no fuese intencionado, porque Billy, aunque felizmente dotado con la alegría que dan la buena salud, la juventud y un espíritu libre, no era dado a la sátira. Le faltaban tanto voluntad como malevolencia. La

doblez y las insinuaciones no podían ser más ajenas a su naturaleza.

En cuanto a su alistamiento forzoso, dio la impresión de tomárselo como un cambio del tiempo. Al igual que los animales, en la práctica era, sin saberlo y pese a no ser filósofo, un fatalista. Y hasta puede que le gustara ese giro aventurero de sus asuntos, que parecía prometer nuevas vicisitudes y emociones marciales.

Una vez a bordo del *Bellipotent*, nuestro marinero mercante fue nombrado marinero de primera y asignado a la guardia de la gavia de estribor. No tardó en sentirse a gusto en el servicio, donde encajó gracias a su donaire y a una especie de desenfado y desenvoltura. No había nadie más alegre que él a la hora del rancho, a diferencia de otros miembros de la tripulación a quienes también habían reclutado a la fuerza, que a veces, si no tenían otras ocupaciones, y sobre todo en la última guardia de cuartillo, cuando la llegada del crepúsculo induce a la ensoñación, caían en un triste desánimo que en algunos era pura hosquedad. Pero ninguno era tan joven como nuestro gaviero, muchos debían de tener un hogar, otros tal vez tuviesen mujer e hijos probablemente, en circunstancias inciertas, y casi todos tenían algún pariente, mientras que en el caso de Billy, como pronto veremos, toda su familia se reducía a él mismo.

II

Pese a que nuestro recién nombrado gaviero fue bien recibido en la cofa y en las cubiertas de cañones, dejó de ser el centro de atención que había sido entre las compañías que hasta entonces había frecuentado en los barcos de la marina mercante.

Era joven y, a pesar de su casi plenamente formada constitución, parecía aún más joven de lo que era en realidad, debido a un resto de expresión adolescente en su rostro imberbe y casi femenino por la pureza de su tez, de la que, no obstante, la vida marinera había borrado el lirio, y en la que la rosa tenía visibles dificultades para mostrarse a través del bronceado.

A alguien tan bisoño en las complejidades de la vida práctica podría haberlo cohibido el brusco paso de una esfera anterior más sencilla al mundo más vasto y experimentado de un gran buque de guerra, si hubiese habido la más mínima vanidad o presunción en su persona. Entre su vario-pinta dotación, el *Bellipotent* contaba con varios individuos que, aunque inferiores en rango, tenían un temple poco frecuente, marineros a quienes delataba esa conducta que la disciplina marcial continuada y la reiterada presencia en las batallas pueden imprimir hasta cierto punto incluso en un hombre corriente. La situación como marinero bonito de Billy Budd en el setenta y cuatro cañones recordaba a la de una belleza rural trasplantada desde provincias a la corte para competir con las damas de más alcurnia. Pero él apenas notó el cambio de circunstancias. Igual que no reparó en que algo en él hacía sonreír con gesto ambiguo a uno o

dos de los chaquetas azules^[7] más curtidos. Tampoco advirtió el peculiar efecto favorable que causaban su porte y su persona entre los caballeros más inteligentes del alcázar. Y no podía ser de otra manera. Vaciado en el mismo molde que los mejores ejemplos físicos de esos ingleses en quienes la vena sajona parece no haberse mezclado con la sangre normanda ni con ninguna otra, su rostro exhibía el mismo aire humano y sosegado con que retrataban a veces los escultores griegos al fuerte héroe, Hércules. Pero eso también lo matizaba con sutileza otra cualidad dominante. La oreja, pequeña y bien formada, el arco del pie, la curva de la boca y la nariz, incluso la mano encallecida y teñida del ámbar tostado del pico del tucán, una mano concedora tanto de las drizas como de los cubos de brea; pero, sobre todo, algo en lo efímero de su gesto, y en todas sus posturas y movimientos, que recordaba a una madre favorecida por Amor y las Gracias; todo indicaba un linaje en directa contradicción con su destino. El misterio se tornó menos misterioso gracias a ciertos hechos que se revelaron cuando enrolaron formalmente a Billy ante el cabestrante. Cuando el oficial, un caballero brusco y menudo, le preguntó por su lugar de nacimiento replicó:

—Disculpadme, señor, pero lo desconozco.

—¿Ignoras dónde naciste? ¿Quién era tu padre?

—Sabe Dios, señor.

Asombrado por la sencillez de estas respuestas, el oficial preguntó a continuación:

—¿Sabes algo de tus inicios?

—No, señor. Pero he oído contar que me encontraron una mañana en una preciosa cesta forrada de seda colgada de la aldaba de la puerta de un buen hombre en Bristol.

—¿Dices que te encontraron? Caramba. —Eché la cabeza atrás y observó de arriba abajo al nuevo recluta—. Pues por lo visto fue un buen hallazgo. Espero que encuentren a más como tú, muchacho; por desgracia, la Armada los necesita.

Sí, Billy Budd era un expósito, es de suponer que un bastardo, y, desde luego, no precisamente innoble. Su origen noble era tan evidente en él como en un pura sangre.

Por lo demás, con escasa, o ninguna agudeza de facultades y nada de la cautela de la serpiente, y sin ser tampoco una paloma^[8], tenía la inteligencia y la rectitud nada convencionales de una criatura humana y sensata a quien aún no se le ha ofrecido la cuestionable manzana del conocimiento. Era iletrado; no sabía leer, pero sí cantar y, como el inculto ruiseñor, componía a veces su propia canción.

Conciencia de sí mismo parecía tener poca o ninguna, o tanta como pudiera atribuírsele de forma razonable a un perro San Bernardo.

Por lo general, como vivía entre los elementos y apenas conocía de tierra más que alguna playa, o, más bien, esa parte del globo terráqueo providencialmente reservada para salones de baile, burdeles y tabernas, en suma, lo que los marineros llaman un «jardín del Edén», su sencilla naturaleza seguía sin sofisticar por esas oblicuidades no siempre incompatibles con lo que solemos llamar respetabilidad. Pero ¿están exentos de vicios los marineros que frecuentan esos jardines del Edén? No; pero sus supuestos vicios no van tan de la mano de un corazón inicuo como entre la gente de tierra, y parecen proceder no tanto de la maldad como de una vitalidad exuberante largo tiempo reprimida: son francas manifestaciones acordes con la ley natural. Gracias a su constitución natural y a las diversas influencias de su suerte, Billy era en muchos aspectos poco más que una especie de bárbaro, más aún de lo que lo era Adán antes de que la sinuosa serpiente buscara reptando su compañía.

Quisiera añadir algo que en apariencia corrobora la doctrina de la caída del hombre, hoy popularmente ignorada: es posible demostrar que ciertas virtudes prístinas y puras que parecen caracterizar a quienes están revestidos del uniforme externo de la civilización, si se observan con atención, parecen no derivarse de la costumbre y las convencio-